

SOBRE LA ESCRITURA DE LA HISTORIA Y DE LA LITERATURA: SUMARIO DE UN DEBATE

Juan Durán Luzio

En 1967, Roland Barthes, profesor estrella del Collège de France, sorprendió al mundo académico al declarar en Bruselas, como orador de fondo en un congreso mundial de historiadores, que el taller del historiador no difería en nada del novelista, puesto que los dos trabajan con lenguaje, elaborando un discurso de palabras escritas que quedaba fijo en la forma final de un texto. Agregó Barthes que se espera, acorde con la tradición, que lo dicho por el novelista sea ficticio; pero, al contrario, creer que el lenguaje del historiador fuese verdad es un imposible absoluto, puesto que el lenguaje nada tiene que ver con la verdad. Para probarlo, yo mismo puedo decir ahora, en una frase perfectamente correcta como lenguaje, que yo no estoy aquí esta tarde con ustedes, o como lo puso muy graciosamente William James, «la palabra perro no muerde»⁽¹⁾.

Ya instalado dentro de «El discurso de la historia», que así tituló su ponencia, Roland Barthes fue señalando algunas estrategias básicas de construcción del relato

histórico, utilizando ejemplos de grandes cronistas, las cuales son comunes con el novelista; por ejemplo, la noción de selección, de escoger para hacer su relación un suceso en vez de otro. Es decir, el conducir el enfoque de su trabajo hacia un punto determinado es una cuestión personal, subjetiva, como lo es enseguida el de preferir ciertas fuentes sobre otras, o como lo es el de elaborar más extensamente un suceso que otro, dedicar, digamos, cincuenta páginas a una batalla de dos días o dedicar cincuenta páginas a toda una década de eventos. Esto se decidirá según sea, claro, el interés y las metas del historiador; en suma, este elabora el tiempo según sus inclinaciones, ni más ni menos que como se hace en la escritura de una novela, donde los buenos novelistas deben ser artífices en ese aspecto temporal del relato; y no hay otra opción para el historiador, porque el tiempo, aun el de los hechos más conocidos o elevados, es irrepetible y del todo irrecuperable en el papel escrito. El tiempo de la relación histórica es una abstracción que se disuelve en el modo del discurso, y está pues tan lejos de la realidad como lo está el lenguaje.

Y luego, en una escala más profunda sobre la elaboración del discurso, continúa Barthes afirmando que historiadores ha habido en cuyos textos era muy notoria la presencia del enunciador o narrador: a menudo se estaba diciendo «yo deduzco esto...», «a mí me parece que...», claro, dirá, fueron los apasionados historiadores románticos del siglo pasado, cuya subjetividad permeaba sus discursos. Es cierto que tales cláusulas en los historiadores modernos han tendido a desaparecer, puesto que ese uso parece conspirar contra la búsqueda de una objetividad absoluta; ahora el ideal es que en el discurso histórico no se muestre el yo que enuncia, en lo que se ha llamado la deseable «castidad de la historia»; pero, refuta Barthes, así solo se ha reemplazado la persona pasional del siglo anterior por una persona objetiva, o supuestamente objetiva, ni más ni menos como los novelistas realistas expresaban que solo iba a referirse o narrar la realidad objetiva, exterior, pretendiendo anular el hecho básico de que el lenguaje es un sistema abstracto que se enuncia desde una



persona y se cumple de modo personal, cada vez que se ejecuta, tanto en lo oral como en la escritura

Es cierto que el discurso histórico cuenta lo que en efecto ha sucedido, lo que ha sido, o pretende contar lo que ha ocurrido y no lo que podría ocurrir o lo que no va a ocurrir; es decir, los juicios de la historia son siempre aseverativos, y esto es una desventaja, agrega Barthes, porque así se comporta el lenguaje del esquizofrénico, quien no duda nunca sobre el enunciador, sobre sí mismo. El discurso de la novela puede guardar, en este sentido, la amplitud de la duda. Pero sin ahondar en esa limitación, el teórico francés agrega que el discurso es sucesión organizada y en cuanto tal, requiere de procedimientos sintácticos, de un patrón según el cual se narre, se describa, se emitan juicios de valor, se creen centros significativos a partir de los cuales se organice esa sucesión

escritural; tal es exactamente lo que debe hacer el novelista al montar y estructurar su relación; e igualmente enlazando las partes es como el discurso histórico llega a significar una totalidad, de otro modo no pasaría de ser solo una lista cronológica, o una tabla de efemérides, por ejemplo. Y esa búsqueda de significación se establece por medio del lenguaje escrito, *es* lenguaje escrito: y he aquí la otra gran paradoja de la historia: no hay hechos históricos; hay hechos lingüísticos, contruidos a partir de esa búsqueda de significación por medio de la elaboración del discurso; el hecho no tiene existencia fuera del discurso porque solo allí es posible encontrarlo: el tiempo exterior al texto es irrepetible e irreversible. Y esta es otra de las ideas centrales de Barthes: no hay que olvidar que la historia solo ha reducido el pasado a escritura.

Una escritura sí, que tiene apariencia de referirse a la realidad, y a veces, en un alarde de ingenuidad, ha llegado a autoproclamarse *ser* esa realidad exterior. Y a muchos ha convencido, especialmente en esta época ansiosa por relatos documentales, por diarios íntimos y auténticos, por la fotografía reveladora y precisa. Pero la realidad seguirá siempre ubicada más allá del texto y es solo referencia de lo que se escribe. La paradoja se cierra, proclama Barthes, y el discurso histórico, que nació hace siglos entre los mitos y las epopeyas, llegó a decirse signo y prueba de la realidad, pero esta aspiración no es más que una atrayente falsedad, de ahí que Barthes finaliza con estas notables frases su discurso: «Por eso se comprende que la declinación (si no la desaparición) de la narración en la ciencia histórica actual que procura hablar de las estructuras más que de las cronologías, implica mucho más que un simple cambio de escuelas. Se trata de una verdadera transformación ideológica: la narración histórica muere porque el signo de la historia es en adelante no tanto lo real como lo inteligible».

El cambio de escuelas ahí anunciado se refiere al abandono de la tendencia que pretendía narrar y describir la totalidad del pasado; ahora se trata de una relación que pueda hacernos el pasado comprensible, y esto es ya una contribución más que suficiente, pero no puede pretender

la historia ser *la crónica* de ese pasado, que en el libro, por último, es solo la obra de una pluma, de un escritor.

Y es solo de modo comparativo lo que Barthes agrega acerca de la novela, o de la literatura. No minusvaloriza el trabajo del historiador, pero lo sujeta al terreno del texto y allí subraya sus limitaciones. Tampoco alude a la difundida y válida noción de que la novela ha venido llenando otros vacíos del discurso sobre el pasado, y esto desde los primeros años del siglo diecinueve, cuando Walter Scott, que esa podía ser una dignísima misión del género novelesco: narrar, describir, incorporar los espacios que él descubría que los historiadores, por alguna u otra razón, dejaban de lado.

Pocos años después del brillante análisis ofrecido por Roland Barthes, se publicó otro artículo que también mucho dio que hablar entre los historiadores; su autor es el estadounidense Lawrence Stone y su título «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History». En esta pieza aparecida en 1979, Stone predice el retorno de la historia narrativa y anuncia el fin de la hegemonía estructuralista, cuantitativista y determinista de los historiadores de sus días⁽²⁾.

¿En qué apoyaba su predicación el profesor Stone? En algo bastante seguro: su juicio coincidía con la exitosa madurez de una «historia menor», o microhistoria; la aparición de excelentes estudios y libros relativos a la existencia de personas humildes u obscuras del pasado, a episodios casi olvidados, pero siempre significativos en el devenir de los pueblos. Eventos menores, gentes menores del ayer pero a veces bastante más significativos que algunas efemérides bien retenidas en la memoria popular. La escuela francesa de los Anales había sembrado las primeras semillas una década antes y ahora florecía por todo el Occidente, llegando sobre todo a grados de interpretación cultural o intercultural que los célebres anales parisinos no se habían propuesto.

Y luego se fundamenta el profesor Stone en otro elemento esencial que detecta en el interior de esa nueva

producción: buena parte del éxito de esta historiografía estaba en la habilidad de sus autores para contar atractivamente esas existencias, esos hechos menores, agregando a ello una documentación de base no menos meritoria que la que tradicionalmente se entiende por requisito entre los historiadores de cartel. Nota Stone en estas obras, además, un acabado uso del lenguaje, de la trama, aun del suspenso narrativo, en suma, de la tradicional habilidad de un buen novelista ante el proceso desafiante de contar con gracia. Casi llega a implicar Stone que se trata de una generación de artistas historiadores, o de historiadores artistas, capaces de desplegar un pasaje del pasado como un intenso drama en varios niveles; y drama en su sentido literal de acción, de lucha, de agonía⁽³⁾.

Por cierto que esta nueva historia narrativa que saluda Lawrence Stone procede siempre sobre los



respetados recursos del rigor documental o de la aplicación estadística, pero sobre todo, no descuida en ninguna de sus páginas el trazo finamente descriptivo de los espacios o de los personajes, el cuidado narrativo del suspenso, de la construcción precisa de un plan de desarrollo de los hechos narrados y de la consciente búsqueda de un efecto sobre el lector. Las habilidades artístico-literarias de estos textos son del todo presentes y categóricas. Y esto no aminora el valor de sus contribuciones al conocimiento del pasado o, mejor, de la inteligibilidad del pasado. Al contrario, es gracias a la eficacia de una documentación inesperada —por marginal, por desusada—, antigua pero inédita, así como el trabajo sobre el lenguaje, que esta nueva historia alcanza sus triunfos; se trata claro, de historiadores que en estos días de fin de siglo se acogen con agrado a la noción posmoderna tan en boga que tiende a borrar los límites entre las disciplinas y, por ello, entre ficción y realidad.

¿Por qué he querido referirme esta tarde a comentar las ideas recientes de dos teóricos de la historiografía? Porque me parece que los análisis de ambos pensadores aproximan mucho la historia a la literatura, y contribuyen a cerrar de ese modo la brecha entre la elaboración documental y la elaboración ficticia. No son géneros en disputa, sino complementarios; y por aquí reside el núcleo de su relevancia en la cultura de Hispanoamérica: la novela en efecto ha venido a completar muchos capítulos que se le olvidaron a la historia oficial, olvido a veces involuntario, pero otras muchas, intencional y voluntario.

Para sintetizar y concluir digamos desde ahora que en la América Latina este papel de llenar las lagunas dejadas por los historiadores, desde la Independencia para adelante, lo ha cumplido la novela; novela explícitamente documentada, como es el caso de **Facundo** de Sarmiento, o semiexplícita en su fundamento de documental, como es el caso de los relatos del peruano Ricardo Palma, o no explícita en sus alcances documentales, como es el caso de las obras de Alberto Blest Gana, en Chile, todos autores del siglo pasado. Esta tendencia iniciada poco después de la Independencia no ha perdido su fuerza en el presente.

Es más, esos «espacios y seres menores» que ha comenzado a revivir la nueva historia los han cubierto con brillo entre nosotros la novela, el cuento y hasta la poesía, y aquel tipo de nueva historia a su vez ha estimulado a los literatos a explorar por esas lagunas plenas de significación que ellos han vuelto discurso y conocimiento. Esta me parece una de las razones por las cuales la novela histórica ha visto un surgimiento y un éxito tan notables en Hispanoamérica: se han transformado en una enseñanza deleitosa del pasado, en una opción frente al oficialismo rutinario; en suma, nos han enseñado de otra manera más vivaz la historia; se cierra la paradoja sugerida por Roland Barthes: recomencemos a comprender la historia leyendo novelas, buenas novelas históricas.

NOTAS

- (1) El artículo de Roland Barthes apareció primero en **Science Information / Information sur les Sciences sociales**, VI, Nº 4 (1967), y en español en **Estructuralismo y literatura**, José Sazbón, ed. Trad. de Ana María Nethol (Buenos Aires: Nueva Visión, 1972).
- (2) Artículo aparecido en la revista estadounidense **Past and Present**, 85 (1979), 3-24.
- (3) Una magnífica síntesis y discusión acerca de los alcances y aportes de esta nueva historiografía las ofrece Sarah Maza en su artículo «Stories in History: Cultural Narratives in Recent Works in European History», **The American Historical Review**, 101, Nº 5 (1996), 1493-1515.

